

La prisión de Roanne

Aquella mañana, Coindre se levantó pronto, como siempre, rezó laudes en comunidad con la comunidad de los Padres de la Cruz de Jesus y salió a la calle a una hora más temprana de lo habitual. Enfiló la bajada más rápida de la colina de la Croix-Rousse, la que llevaba directamente desde la iglesia de San Bruno hasta las orillas del Saona. Mientras caminaba junto a las huertas de las antiguas casas de campesinos, hoy convertidas en pequeñas villas burguesas, pensaba en la esperada tarea que tenía que cumplir ese día: le habían invitado a visitar la prisión de Roanne, una de las más célebres de Lyon, que junto a la prisión de Saint- Joseph formaba el conjunto penitenciario de la ciudad.

Había sido elegido para formar parte del consejo de caridad, un grupo de cinco personas que se iba a encargar de buscar soluciones al problema penitenciario de Lyon, que también era el problema penitenciario de toda Francia, y que tendremos ocasión de comprobar un poco más adelante.

Antes de acudir a la cita en las puertas de la prisión, decidió hacer una pequeña visita a su familia. Cuando llegó a la modesta casa burguesa, dio un beso a su madre y, ante tanta insistencia, tuvo que desayunar por segunda vez ese día, un tazón de leche y un bizcocho hecho en casa con manos amorosas. Se sentó junto a su padre en la mesa de la cocina, jovial como siempre, pero con la mano temblorosa y una mirada algo perdida que no presagiaba nada bueno.

Salió de su casa y, en pocos minutos, llegó a las puertas de la prisión de Roanne. Era un caserón antiguo, en otros tiempos palacio señorial, hoy reconvertido, después de numerosas reformas, en un lugar inhóspito para albergar a gentes sin esperanza. Allí estaban los cuatro compañeros del consejo de caridad, acompañados del delegado del alcalde y el gobernador de la prisión.

—Buenos días —dijo el delegado cuando estuvieron todos reunidos—. Muchas gracias por venir. Ustedes saben el problema al que nos enfrentamos, pero quiero que lo vean con sus propios ojos. Eso sí, les ruego la máxima confidencialidad con respecto a esta visita.

Sin más preámbulos, pasaron adelante y un hombre mal encarado abrió la verja de hierro que servía de puerta principal de entrada en la prisión. Coindre pensaba que ya estaba curado de espanto y que no iba a ver nada distinto a lo que veía todos los días en las calles de Lyon, en sus paseos por la Croix-Rousse, en sus idas y venidas por el barrio de Saint-Nizier: multitud de jóvenes indigentes en los que se mezclaba la pobreza y la maldad, mendigos jóvenes sin hogar, abandonados, vagabundos y, en algunos casos, depravados.

Pero esta vez, Coindre estaba equivocado. Las prisiones de Lyon eran, en aquellas fechas, el cuadro repelente que daba conocer el grado de envilecimiento del que es susceptible la naturaleza humana. En la primera sala que les mostraron, había, sobre todo, hombres adultos, pero también muchos chicos y chicas jóvenes, amontonados sin importar la edad, el sexo, la condición social o la educación recibida. Niños con ancianos, medio desnudos, pálidos, andrajosos, que usaban un lenguaje bárbaro y soez. Descansaban sobre sus propios excrementos y el ambiente era una emanación pestilente que partía de los cubos repartidos por pasillos y rincones donde hacían sus necesidades a la vista de todos.

El grupo caminaba sin decir palabra. Al espectáculo horrendo, le hacían coro los gritos de los guardianes, tan andrajosos como los presos, que se paseaban con fustas y palos en las manos. Pegaban con desmedida violencia, en cualquier ocasión, sobre todo si el preso era joven e indefenso. El agredido gemía ante los golpes y se retiraba corriendo a cualquier rincón, donde se acurrucaba como un perro a la espera del próximo temporal de golpes.

En una de las salas, Andrés se fijó en un preso, un hombre adulto de rostro especialmente siniestro que, en cuanto vio aparecer por la celda a un niño de 10 años que acababa de llegar, lo devoró con una mirada asquerosa y depravada. Había muchos niños y jóvenes ya marcados por terribles sufrimientos, escrutados, vendidos, sorteados a los dados, estigmatizados con el nombre del comprador o del ganador.

En la enfermería de la cárcel, un lugar tan infame como los demás, pero que tenía camastros individuales, encontraron a un pobre muchachito de ojos azules, cabello rubio y rasgos demacrados. Apenas contaba con 12 años. Sus labios tenían un aspecto horroroso a causa de una úlcera venérea. Él mismo les contó su historia: cuando estaba en los juzgados que lo iban a condenar a la cárcel, un desgraciado sinvergüenza lo había agarrado con toda su fuerza, lo había llevado al fondo de un oscuro corredor y allí lo había violado, ahogando sus gritos con puños de hierro. La enfermedad que tenía iba apoderándose lentamente, demasiado lentamente, se lamentaba, de cada una de las partes de su cuerpo.

Cuando no pudo más de tanto dolor, Coindre se volvió hacia el delegado del alcalde y preguntó:

—¿Pero no hay nadie que proteja a estos niños?

—Mientras no encontremos un lugar distinto para ellos creo que no vamos a poder hacer nada —replicó el político incapaz de encontrar una solución para tanta mancha de maldad—. La depravación ha entrado a formar parte de la naturaleza de estos jóvenes. La prisión, como ustedes acaban de ver, solo sirve para avanzar en violencia, robo, estupro, y en todas las formas posibles de envilecimiento de la naturaleza humana. Estos muchachos, cuando salgan de la prisión, estarán condenados a una vida perdida en los bajos fondos, donde encontrarán seres tan degradados como ellos.

Después de la intervención del delegado, se hizo el silencio, más que nada porque las evidencias no se discuten. Coindre salió del lugar con un malestar que le llegaba a todo el cuerpo y recorrió las calles de Lyon con pasos meditativos, en contra de su habitual costumbre de andar apresurado. Casi sin darse cuenta, subió las cuestas de la Croix-Rousse, esta vez desde la plaza de Croix-Paquet.

Una idea imposible iba tomando forma en su mente. ¡Si nadie lo había intentado hasta ahora, es que no se podía hacer! ¡Una escuela para jóvenes delincuentes recién salidos de prisión! ¡Una locura!